



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LA AGITACIÓN ANARQUISTA



—¡Alto! ¿Qué está usted preparando para el 1.º de Mayo?

—¿Yo? Un soneto dedicado á las víctimas del día siguiente.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Humoradas, por José Estremera.—Diversiones «inocentas», por Eduardo de Palacio.—Párrafo, por Clara.—El hombre metódico, por Juan Pérez Zúñiga.—Cuento, por Simoes Delgado.—El naturalismo en el teatro, por Francisco Flores García.—La novia, por Enrique Jiménez de Quesada.—Oh, la pasión, por Antonio Liminiana.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La agitación anarquista.—La Pascua.—Anuncios, por Cilla.



En la calle.

Dispense usted, pero no puedo detenerme. Á las cinco empieza el sermón, y hoy predica el padre Macario, que tiene el pico de oro. No quiero perder palabra. Pensaba ir á casa de las de Zaragoza, á decirles cuatro frescas, porque son unas infames, que le han escrito un anónimo al jefe de mi marido, diciéndole que éste tiene una erupción y que se les va á pegar á todos los de la oficina, y es una calumnia muy grande, porque mi esposo es muy sano y muy hombre de bien, y el día que tuviera cualquier cosa, al momento lo diría... Pueden dar gracias á Dios de que estemos en Semana Santa, que lo demás iba á casa de esas brujas y les arrancaba el moño; pero hoy no quiero incomodarme ni ofender á Dios. ¡Malas lenguas, infames, calumniadoras!... Ya les diré yo á ellas lo que viene al caso... Vaya, abur, no puedo detenerme. ¿Qué hora es? ¡Ay! Las cinco; me voy corriendo al sermón. ¡Ah! Y á ver si puede usted mandarme unas butaquitas para ver á la Tubau...

En la iglesia.

«...y después de este destierro, muéstranos á Jesús...» Señora, esté usted quieta, que me está usted chafando la mantilla... Con usted hablo, sí, señora, que no hace usted más que moverse como si tuviera usted hormiguillo... «fruto bendito de tu vientre...» Buenas tardes, doña Agustina... No; no, señora; todavía no ha empezado el sermón, pero ya debe faltar poco, porque he visto entrar en la sacristía al padre Macario... Sí, hay mucha gente y es natural, porque oradores como él se ven muy pocos... «Padre nuestro que estás en los cielos...» Parece que está usted paliducha; ¿ha tenido usted algún disgusto?... ¡Ay, no me hable usted de los maridos, porque hay algunos muy bribones. ¿Conque no la dejaba á usted venir al sermón? ¡Jesús! ¿Qué hombre!... El mío, á Dios gracias, no es así; al revés: para que yo pueda estar completamente descuidada, se ha encargado de darle la papilla á mi niño el chiquitín. Es un marido muy bueno; sí, señora; esta mañana tuve que salir á ver si me dejaban conocer á los petardistas presos, y él se quedó en casita lavando unos pañales... «Venga á nos el tu reino...» Pero no nos faltan enemigos. Hay unas pícaras que se llaman las de Zaragoza, y no me pueden ver porque me tienen envidia de estas carnes... «hágase tu voluntad, así en la tierra...» y es lo que yo les digo:

—Son cosas que da el Señor, porque comer, como poquísimo, y hay días que con un poco de lomo adobado y una tortillita y media docena de naranjas me tiene usted tan satisfecha como si hubiera comido un busy. Pues nada, ellas me tienen tirria porque parecen dos limpiatubos, y ahora han hecho correr la voz de que mi esposo es herpético. ¡Herpético un hombre que está respirando salud y no ha tenido más que un grano en toda su vida, y fué que se rascó, estando en San Isidro!... «Dios te salve, María, llena eres de gracia...» Ellas sí que están tísicas, y no hay más que verlas, sobre todo á la mayor, que adereza la ensalada con aceite de hígado de bacalao. Yo tengo que respo-

tar la santidad de estos días, que lo demás, me iba á su casa y ¡pobras de ellas! No me gusta hablar mal de nadie; pero ellas tenían un teniente coronel en el gabinete que no hacía más que dormir, porque comer, comía en el Círculo militar, y les pagaba diez reales por una alcoba pequeña, y además, siempre les estaba haciendo obsequios; en cuanto se le ponía viejo un pantalón, se lo regalaba á la madre para que se hiciese un gabancito corto. Ya ve usted que esto algo quiere decir. En fin, no me gusta murmurar, pero aquel teniente coronel... «el Señor es contigo y bendita tú eres...» ¿Qué? ¿Ya está en el púlpito el padre Macario?... Sí; ya va á empezar... «y bendito sea el fruto de tu vientre...»

El orador.—Amados oyentes míos...

La señora.—¿Qué pico el de este hombre!

El orador.—Sed todos hermanos; que no turbe vuestra conciencia el pecado del odio...

La señora.—Tiene razón. Hay personas muy malas y muy poco caritativas, y si no, ahí están las de Zaragoza, que son unas falsas y unas brujas... Señora, la digo á usted que cuando me acuerdo de ellas, no sé lo que me pasa.

El orador.—Amad los unos á los otros con amor de hermanos. Jesucristo perdonó á sus verdugos.

La señora (conmovida).—¡Ay, sí! Parece mentira que haya personas que no se arrepientan; por ejemplo, las de Zaragoza. No; yo les aseguro que en cuanto pasen estos días me van á oír, y he de hacer que les salgan los colores á la cara. ¡Pícaras, más que pícaras!

LUIS TABOADA.

HUMORADAS

I

No es preciso que un día y otro día vayas á confesarte. Rosalía, pues tú con tus encantos y primores haces, más que pecados, pecadores.

II

Busco en los libros de los sabios modo de hacerme en los amores precavido, y ha sido inútil todo... Si no han sabido amar, ¿de qué han servido los pocos sabios que en el mundo han sido?

III

Piensa hallar el encanto de su vida si el amor del que adora al fin alcanza, creyendo que la dicha, conseguida, es como nos la pinta la esperanza.

IV

¿A ella quieres unirte en lazo eterno? ¿No sabes, ignorante, que á eso condena el Dante á Francesca y Paolo en *El Infierno*?

V

Hoy miras á tu amor con embeleso, Rosa, y es menester que te corrijas, pensando que á tus hijas mañana les dirás que está mal eso.

VI

Sé que en el mundo hay cosas muy hermosas, mas porque no reparo en esas cosas pesimista me llamas, ¡Catalina! ¿De qué puede servirte que haya rosas al que lleva clavada tanta espina?

JOSÉ ESTREMEIRA.

DIVERSIONES «INOCENTAS»

- ¿La muerta? La Encarnación que estaba anoche de turno.
—¿Y quién ha sido?... Pues si la cortó la nuez...
—El marido. El también se quiso dar.
—¿El marido! —¿Por eso?
—Y con razón. —Claro, por eso; la encontró con el querido pero se escapó al pinchar, en una conversación. á al tirarse comó hueso y no se pudo matar.
—Michacho, en un caso así, por muy puerco que sea, —¿Y el amigo? coge el hombre á la garganta... —Eché á correr.
—El más manso se avergüenza, y se arranca y da de sí.
—¿Y la mató? —De una vez; quedó muerta á las ocho, antes de llegar el juez.
—¿De una vez? —Salí bajando lo que hacemos tú y yo cuando sale un toro con poder.

En la acera de una calle,
no de las más *brachadas*,
como dice, según cuentan,
un conejal que está en gloria,
como una estatua yacente,
también cubierta con lana,
se va ó mejor se adivina
el cadáver de una gorila,
y á dos pasos una perra
fotografiada en la losa.
Uno de los varios guardián-
que á las difuntas custodian,
del municipio ó del orden,
vigilancia, vía y obras,
capitán á la muchedumbre
que en su alrededor se agolpa,
y á modo de *ácrono*,
la ocurrencia dolorosa.
—Esa señora vivía
hace meses con la otra,
en un piso sobabanco,
enteramente dichosa.
Parece que esta mañana,
regando una *marimón*,
que, entre otras varias macetas,
cultivaba esta señora,
por estirar demasiado,
se vino á la calle sola,
y la perra, que la vé,

porque es perra, según consta,
se arrojó detrás del ama
y se quedó hecha una torta.
Modulo que bien pudieran
imijar muchas personas.
Pero no venirse encima,
que yo contaré la historia
en tanto que se las llevan
al depósito de Atocha.

—Quítele está el bozal.
—Si se le quito,
tu perro escapa mal.
—Tampoco; está en *Andania*.
—Sí, es *Judama*,
afirma el elemento popular.
—Ea, pues se acobó, que te le mate,
pero á mí no te quejes.

—Es verdad?
Todo esto ocurre en un día de la vida;
o sea á cada perro cada cual,
y el *pecho* forma círculo, esperando
un drama con la muerte de algún can.
Pulsando, atropellan á una anciana,
derriban á tres niños... ¡Voto val!
¡La perra del orden!... No hay cuidado,
no quieren purruchar.
Acudirá á la lucha, pero como
jefe del *haucho*.

EDUARDO DE PALACIO.

PALIQUE

D. Juan Valera ha escrito un artículo muy elocuente—es natural—en la revista consagrada al centenario del descubrimiento de América. El insigne literato (qué gusto da decir *insigne*, de veras!) se queja por adelantado de lo mal que nos va á salir la fiesta, de la indiferencia con que en general miran los españoles el solemne acontecimiento que se prepara.

En efecto, todo lo que va á hacer España por el Centenario va á ser... una *plumita*, donde se pueda grabar la memoria de nuestra vergüenza en tan interesante momento histórico.

Pero el Sr. Valera se inclina á echarle la culpa á los *cosmopolitas*, á los que están hartos de oír hablar de Oumba, y del sol aquel trasnochador que nunca se acostaba, y de San Quintín y Juan de Juanes, y el Escorial y Zurbano, y... pero ¡redito! si la culpa la tienen Pidal y Nocedal y los *quintañonistas*... ¿No ve usted á Nocedal en el Congreso? Estamos con el agua al cuello, se trata de reorganizar el ejército para que cueste menos, y D. Ramón nos viene con los tercios de Flandes y la Santa Hermandad, y nos propone la organización mística de la Guardia civil y la restauración de Felipe II y del palacio que habla *junto al prado de San Fermín*, con otra porción de cosas dignas de inspirar á Barbieri, no en un discurso, sino en una zarzuela.

Pues ¿y Pidal? Pidal ha hecho aborrecible la casa de Austria, y á los dos Luises; á lo menos Silvea se contentó con explotar á la venerable madre de Agreda; pero D. Alejandro se ha hecho rico y personaje *cantando*... en el Congreso á Pelayo, y á seis ó siete Alfonso, y á Melchor Cano, y al citado Juan de Juanes, y al monasterio de las Huelgas y la Novísima Recopilación... Y ahora añada usted, D. Juan, que ni Pidal ni Nocedal saben historia, lo que se llama saberla; entre otras razones, porque la verdadera historia de España todavía no está escrita, como el Sr. Valera sabe mejor que yo. Diré, por respeto al Sr. Valera, que está *continuada* (pues él la continuó), pero todavía no está empezada, ni medida, ni nada de eso.

Esta ignorancia general, é inevitable por ahora, respecto de lo que ocurrió efectivamente en esos siglos pasados, también contribuye á enfriar á la gente, y más cuando algunos críticos de historia *pragmática* aprovechan la ocasión del Centenario para regatarle gloria á Cristóbal Colón y dejarle en paños menores.

El patriotismo *arquetípico* exige, para no ser una *fríaldad*, una abstracción, ó mucha te candorosa, ó mucha ciencia positiva. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es lo mismo que los libros de historia, que es lo único que tenemos á la vista. Se lo decía Fausto á Wagner, como recordará el Sr. Valera:

Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit

Sind uns ein Buch mit vielen Seiten... etc.

Lo cual, para que lo entienda Pidal, quiere decir:
«Amigo mío, los tiempos pasados son para nosotros un libro cerrado con siete sellos... Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es más, en el fondo, que el espíritu de esos caballeros (los historiadores), según en él se reflejan los siglos.»

Y esos caballeros todavía no se han puesto de acuerdo respecto del objeto del entusiasmo que se nos pide en esta ocasión.

Además, la historia de España, amén de no estar clara, va ligada casi siempre á la hipérbolo, á la *romantada*, á la oda hinchada.

Tantas veces hemos parado al sol para que nos vieran combatir, tantas veces hemos hecho de la Providencia una vulgarísima máquina de poema épico limitado; de esa manera nos hemos acostumbrado á ver en las glorias patrias un motivo para amor-

dar las ideas nuevas y darse tono unos cuantos, que casi casi hemos llegado á creer algunos que *nuestros mayores* no fueron mayores más que de Pidal y otros pocos que viven y medran de eso, de alabar esas grandezas, que repito que no han estudiado como se debe.

De otro modo, que la historia de España, ó la que haga sus veces, la han comparado los mestizos y los poetas de certamen en astillero; y en cuanto uno se atreviera á dar un poco de bombazo á nuestras antiguas instituciones ó al arte español de otros siglos, los maliciosos se pondrían á pensar.—Este quiere un destino en la Tabacalera, ó un distrito en Asturias... ó un *farro* de la Infanta Isabel.—Entusiasmarse con el siglo de oro ha llegado á ser indicio de *pidalismo*.

Además, tomando la cosa por otro lado, á unos cuantos españoles nos ha entrado el prurito de no querer ser como Séneca, ni como Lucano, declamadores, hinchados, *resonantes*. Aquí todo poeta patriota es un *Derouledé*; cosa fea. La crítica, la poesía, la historia, la política patrióticas, *castizas*, han sido en España un perpetuo *boulangerismo*. Hasta para ensalzar las seguidillas manchegas nos atinamos á la parra nacional y sacamos el pendón de las Navas.

Pero, en fin, lo peor todavía no es nada de eso. Si el centenario del descubrimiento de América no se celebra en España como se debe, es por culpa de... los señores de la *comisión*.

Los señores de la comisión son ahora y siempre los entrometidos, las tarascas de toda función, sea cívica ó religiosa. Son personajes que no pudiendo brillar con luz propia la piden prestada á todos los aniversarios dignos de recordación. Son predominantemente *objetivos*, y agregan su nombre á cualquier cosa que sea sonada. Si son poetas, lo son de circunstancias; si son hombres de acción, se agarran á un centenario ardiendo por salir de la oscuridad é immortalizarse. Ante la invasión de estos parásitos de la fama, las personas ricas por su casa, de ingenio, de méritos, se retraen.

Si el Sr. Valera es una excepción gloriosa esta vez, y valiéndose lo que vale, y por pura abnegación y patriotismo verdadero se ve metido en la que se ve, no por ello deja de ser verdad que, en general, ahora como siempre, los que manejan el cotarro, los que hacen y acontecen son los consabidos señores de la *comisión*.

Primero los del *balduque*, los de oficinas, los hombres oficialmente activos é inteligentes y competentes con nómina. Después los eternos *dilettantis* de la notoriedad por tablá, de la fama en cabeza ajena.

Ejemplos ilustres hay en la historia. Por mucho tiempo estuvo siendo *inmortal* el Sr. D. Modesto Fernández y González, que ahora se ha retirado á la vida privada.

También el Sr. Lastres figuró mucho *llevando* (y trayendo, es decir, trayendo y llevando) la representación de España en una porción de Congresos internacionales.

Ha olvidado el nombre de un señor que á fuerza de llamar al vino en griego se hizo una fama de vinatero cosmopolita y se bebió todo el Jerez y toda el Valdepeñas que llevamos á no recuerdo qué exposición universal.

Reciente está el ejemplo de lo sucedido con el pobre Jovellanos.

Nadie más simpático que D. Gaspar. Pues bien, entre Pidal y Jove y Hevia le hicieron casi aborrecible á todo asturiano bien nacido.

¡Jove y Hevia!
¡Es decir, mane, thecel, phares!
¡Jove y Hevia! Última ratio *centenariorum*!
Jovellanos fué patriota, sabio, algo poeta, pedagogo, estadista, escritor en prosa de los mejores... mil cosas más.

Pues como si cantara... Se le erige una estatua, se le va á tributar un homenaje, etc., y llega Jove y Hevia con el sombrero de copa alta, blanco y ladeado... ¡adiós Jovellanos!... *Novus pluit tota*. Sí...

No hay duda—se agnó la fiesta, como dicen en *Los mosqueteros grises*.

Porque... quiere saber el Sr. Valera en qué acabará este centenario? En lo mismo que el otro. En un himno de Jove y Hevia. Que es como sigue, ó por lo menos así empieza:

AL ILUSTRE

PRE-TABACALERISTA CRISTÓBAL COLÓN;
MERCURIO DE LA LENTA PERO CONTINUA APARTACIÓN
DE LOS GENEROS ESTANCOALES

Himno.

Vitor, vitor, repiten los ecos
del círculo Oceano y demás;
de los Andes los cóncavos huecos...
¡Carrascles, carrascilás, carrascilás!

De Colón, en Piacenza nacido
(aunque en Génova el vulgo creyó),
de ese fern en España encendido
á nosotros la fama llegó.

Y aunque digan Vida y otros milles
(como Duro y la Pardo Bazán)
que se debe á los frailes santos,
los laureles que aún verdes están,
rechacemos columnas tan viles...
¡tatepló, tateplín, tateplán!

LA PASCUA



¡LO MISMO QUE TODOS LOS AÑOS!

Mientras haya *Jocos y Hebras*... habrá poesía, pero no hay cen-
tenarios posibles; créame, D. Juan Valera.

Todo ello sin contar con que tampoco hay dinero.

CLAZIN.

EL HOMBRE METÓDICO

Es Antón un sujeto que me ha chocado
porque todo lo tiene reglamentado,
y aunque esclavo del orden, vive contento
sin salirse ni un punto del reglamento.
En el cocido come todos los días
veinticinco garbanzos y diez judías,
y toma de merienda bajo una parra
seis centímetros justos de batifarra.
Los jueves, á las cinco, monta á caballo,
Los viernes, á las doce, le duele un callo.
En su patio los martes granita ó llueve.
Los domingos se acuerda, de siete á nueve,
de sus difuntos hijos, que ya eran moros,
y á las nueve y cuarenta rompe en sollozos.
Gana todos los lunes yenda al teatro,
y los miércoles todos, de tres á cuatro,
un agudo y molesto dolor le agaña
en la parte sudeste de la muelaja.
Paz Manrique, su esposa, le sale vana,
y el buen hombre, á las ocho de la mañana,
le da tres pescozones á Paz Manrique,
y los días de fiesta tres y repique.
Todo, en suma, lo ordena ni buen amigo,
Sólo es desordenado para conmigo,
pues le presté cien duros hace seis meses,
y hoy, viéndome acosado por los ingleses,
le pregunto qué días ha designado
para pagar las *si más* que le han prestado.
¿Y sabéis lo que dice? Que, que le cuenta:
que el pagar está fuera de reglamento.

JEAN PÉREZ ZORRA.

CUENTO

Salió en Madrid un día
de la Semana Santa
un gnomo procedente
del centro de Alemania,
que vino de sus montes
por vías subterráneas
tras incansable lucha
del pico y de la pala.
Corrió, casi invisible,
las calles y las plazas
con inminente riesgo
de que alguien le aplastara.
Y vió con gran asombro
las vías solitarias.

paradas los tranvías,
los jacos en las cuadrás,
cerrados los comercios,
sin dominar las salas,
sin gente los teatros
y sin vapor las máquinas.
¡La vida de un gran pueblo
dormida y estancada
para que ballan libres
devotos y beatas!
Y el gnomo se decía
mascándose las barbas:
¡Dios mío! ¡Adónde llega
la candidez humana!

SINESIO DELGADO.

EL NATURALISMO EN EL TEATRO

Procura, amado Teótimo, si eres autor dramático, huir del
naturalismo como de la *ira mala*.

Que además de los disgustos inherentes á tu profesión, que no
son pocos, el naturalismo te proporcionaría derrotas seguras y
positivas, apesar de tu reconocido talento, de tu práctica y de tu
habilidad, dotes y cualidades que posees, por más que digan.

Los que ven los toros desde la barrera y no están expuestos,
por consiguiente, á los peligros y azares de una *cagiva*, predicau
el naturalismo teatral, no sólo como la cosa más natural del
mundo, sino también y principalmente como una *necesidad artís-
tica* de los tiempos actuales.

Los que á tales predicaciones se consagran de buena fe, confun-
den la novela con la comedia, y de esa confusión nace su error
lamentable: el de comparar la lectura reposada y tranquila (que
puede dar ocasión á hondas meditaciones) con la *crutación*, di-
gámoslo así, mediante la cual y por impresión momentánea se
ha de juzgar y fallar á un tiempo mismo acerca de los detalles
y de la totalidad de una producción, en su doble aspecto de obra
literaria y cuadro vivo...

En un solo caso puede llevarse el naturalismo al teatro: to-
mando de la realidad aquellas cosas bellas y agradables que
deleitan el ánimo del espectador.

Pero ése no es, ni mucho menos, el naturalismo literario que
se predica.

Los pontífices de la escuela lo entienden, precisamente, al re-
vés, y ahí están los libros de Zola que no nos dejarán mentir.

Lo desagradable, lo repugnante, lo perverso de las acciones
humanas, son los materiales de que se componen generalmente
las obras maestras del naturalismo.

Por eso Zola, que tanto éxito tiene siempre en la novela, fra-

cesa constantemente en el teatro, apesar de su inmenso talento
y de su genio indiscutible.

Hace algunos años representóse en el Teatro Español una
comedia naturalista, cuyo éxito desgraciado es argumento capi-
talísimo contra la peligrosa teoría que motiva estas considera-
ciones.

No había en aquella obra nada grosero ni repugnante, y ajus-
tábase en su plan y en su desarrollo á la más severa realidad.

El argumento era por extremo sencillo.

Un joven llega á Madrid á casarse con una prima suya de la
cual está perdidamente enamorado, y se aloja en casa de su no-
via. Poco después de su llegada, el joven contrae una enferme-
dad contagiosa, y la novia abandona apresuradamente su casa
por temor al contagio.

Una joven amiga de aquella familia (Pascuala) se constituye
á la cabecera del enfermo y le cuida y le asiste con verdadera
abnegación.

Pascuala, sin darse de ello exacta cuenta, se enamora ap-
asionadamente del joven enfermo. Este recobra la salud, y cuando
el público cree que el joven va á premiar aquel cariño y aquella
abnegación casándose con Pascuala, vuelve la novia á la casa,
el galán está más enamorado que nunca de su prima y se casa
con ella...

Al llegar á ese desenlace lógico, naturalísimo y en el cual de-
mostraba el autor tener un conocimiento perfecto del corazón
humano, el público se indignó, se puso furioso y gritó espanto-
samente la comedia.

«Se adora porque se adora,
pero no por gratitud.»

na dicho el poeta.

Aquel amante era un amante de verdad.

El desenlace de la obra no podía ser tampoco más verdadero.

La comedia estaba bien concebida, admirablemente pensada
y escrita con brillantez.

Los personajes eran de carne y hueso. El carácter de Pascua-
la era tan completo y tenía trazos tan firmes que el público se
identificó con él desde los primeros momentos. Tanto se identi-
ficó, que vengó *severamente* la injusticia cometida con la pobre
muchacha.

¿Cómo y por qué fracasó una comedia tan bien escrita y tan
bien pensada, tan humana y tan real?

Por eso mismo, por ser tan real.

El público y el autor tenían razón.

Sólo que el autor debió *hacer* una novela con los *materiales*
de aquella comedia.

El público del teatro no se conforma con lo que pasa en el
mundo, sino con lo que debe pasar; y en punto á injusticias no
transige ni con las de la naturaleza.

Quiere que se realice la justicia en alguna parte, por lo me-
nos en el teatro.

Se habla también mucho de la verdad de los caracteres y de
la naturalidad del diálogo.

En el presente momento y por lo que á las obras cómicas se
refiere, los caracteres apenas si producen efecto. Hay que entrar
de lleno en el tipo y en la *caricatura*, si se persigue, como es
justo, el éxito extraordinario.

Tanto se ha forzado la *máquina* en este punto, que muchos
autores rebasan (y hacen bien) los límites de la *caricatura*, para
pintar la caprichosa *aberración*, y el público toma alguna vez
la *aberración* por *originalidad*...

Cuanto al diálogo, el teatro moderno resulta más amanerado
y convencional cada día, por exigencias imperiosas de ese mis-
mo público.

Hoy han de ser por fuerza graciosos todos, ó casi todos, los
personajes que intervienen en una comedia, y han de estar cons-
tantemente chistes, vengas ó no vengas á cuento, des-
de que se levanta el telón hasta que cae... si no se quiere que
caiga la comedia estrepitosamente...

¿Es eso natural? ¿Puede ser verdad?

Ese es, sin embargo, el teatro moderno.

Y se explica lógicamente que así sea, porque el público de
nuestros días, cansado y estragado ya, toma el espectáculo tea-
tral como mero divertimento, sin concederle importancia ni
originalidad de ninguna clase, fuera de ese pueril deseo.

Los apóstoles del naturalismo se persuadirían de esta senc-
lla verdad si predicaran con el ejemplo.

Porque en el teatro nadie pueda, con razón, llamarse á enga-
ño: el resultado es inmediato, tangible y palpable; demasiado
palpable algunas veces.

Lo *natural*, después de todo, es que el autor procure compla-
cer al público.

FRANCISCO FLORES GARCIA.

LA NORIA

En un césped verde
su dueño puso un día
una sencilla noria que vertía
toda el agua del cielo
que en deposición aljó recibía.
Y aquella tierra mocha, á la influencia

mágica y bienhechora del aparato que inventó la ciencia, se convirtió en alegre y productora como si fuese un huerto de Valencia.

Una tarde, el jumento que la noria ponía en movimiento, contemplando la vega, así decía: —¡Qué orgulloso me siento cuando recuerdo que en cercano día esta huerta feraz, que hoy vale tanto, entonces parecía un olvidado y triste camposanto! Por mí tienen las flores balsámicos olores, savia las plantas y las frutas zumo, y aunque me desespero y me consumo de girar tantas veces, me desquito viendo que mi poder es infinito.

Cuando oigo á periodistas de tijera decir á voz en grito que ellos ilustran la opinión entera, pienso en la imprenta, y viene á mi memoria el estúpido burro de la noria.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

¡OH, LA PASIÓN!

Pues señor... y va de cuento) Bienvenido, un estudiante sin talento, antipático y cargante, enamorado de Lola, su vecina, la manola más divina de entre la gente manola. Pero Lolita no estaba dispuesta á prestar oído al amor que Bienvenido la juraba. Y siempre que le decía Bienvenido alguna cosa, respondía entre altiva y desdenosa: —Ya le he dicho varias veces que no lo puedo tragar y que no quiero escuchar sus sandeces. Así pues, haga el favor de dejarme descansada, sin hablarme de su amor ni de nada, y procure no decirme chicles, porque no tengo deseos de aburrirme.

Mas la pasión amorosa del estudiante era inmensa, y apesar de tanta ofensa y tanta frase injuriosa, en su empeño no cesaba, en su afán no transgía, y á Lolita profesaba más cariño cada día. Por eso, al ver su desgracia, resolvió pegarse un tiro á la sombra de una acacia del Retiro. Y decidido á dar cuenta de su vida, se marchó al Retiro: allí escogió una acacia corpulenta, y á su sombra (teniendo por horizonte un disimonte y la hierba por alfombra), después de haber redactado las cartas correspondientes á sus padres, sus parientes y al juzgado, puso el pensamiento en Lola... santiguóse... dió un suspiro... y al fin... no se pegó el tiro, porque olvidó la pistola.

ANTONIO LIMINIANA.



Leo en una revista del paradero de las reliquias santas que publica *La Correspondencia*:

«Los cirios.—El primero, según refiere la historia, lo arrojó Santa Elena en el mar Adriático, á fin de calmar las tempestades. El segundo forma parte de la célebre corona de hierro de los antiguos reyes lombardos. Y el tercero se guarda en la iglesia de Nuestra Señora de París.»

¡Nos ha matado usted! Porque nosotros tenemos otro que creo que se custodia en Palacio. Y no vamos á poder ponernos de acuerdo con la auténtica.

Hoy se inaugura en el círculo *La gran Peña* la exposición *incoherente* de bellas artes, en la que figuran obras notabilísimas en su género. No aconsejo á ustedes que la visiten, porque se van á morir de risa. Nosotros ya nos hemos muerto.

Con motivo de las declaraciones del chispeante Sr. Muñoz, están desfilando por la Cárcel Modelo, custodiados convenientemente, algunas docenas de apreciables sujetos.

Van ustedes á ver cómo resulta que todos somos anarquistas, y que tenemos una bombita espontánea en cada bolsillo.

Peinada como una reina, todas las tardes Anita se va al bosque en que la cita el mozo por quien se peina. En un peinado tan majo pasa las horas de Dios, y ya en el bosque los dos... ¡qué lástima de trabajo!

Cuando vas y del cura la mano besas, él murmura entre dientes: —¡Algo se pesca!

Libros:

Bozetas de la inundación (de Sevilla), por D. Eugenio Sedano y González, que revela en ellos ser un buen estilista. Precio, 50 céntimos.

Multicolores, colección de lindísimos artículos de costumbres de D. Ramón A. Urbano, que deben leer todas las personas de buen gusto. Precio, 2 pesetas.

Corte y cortijo, juguete cómico lírico en un acto y en verso, letra de don Eduardo Villegas, música del maestro Valverde (hijo), estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Esclava.

Nubiosas, poesías de D. Vicente Luque Gutiérrez, que demuestra en ellas gran brillantez de estilo y profundo conocimiento del arte. Málaga. Una peseta.

Cuentos del vívas, bocetos militares por D. Federico Urrecha. La biblioteca que, con exquisito gusto, está formando el editor D. Manuel Fernández Lasanta se ha enriquecido con esta colección de artículos del distinguido redactor de *El Imparcial*, ilustrada profusamente por Pons. Es un libro que se venderá macho seguramente. Cuesta 3,50 pesetas.

Anapobis y cinstaravos, por D. Vicente Sanchis (Miss-Teriosa), con un prólogo de M. del Palacio. Toda la prensa ha hecho grandes y merecidos elogios de este libro, que viene á consolidar la reputación de su autor. Precio, 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un cateto.—Poniendo á eso música buena resultaría en una zarzuela extraordinariamente. Pero sin música...

Cas. K. ras.—¡Hombre! En unos días tan sagrados como éstos pretender hacer pasar por consonantes *inocente* y *temple*... ¡merece las penas del infierno!

Dos doctores en teología.—Tienen ustedes muchísima gracia. Vengan co-citas de esas todas las semanas y, ya que no puedan publicarse, pasaremos un buen rato... y algo se pesca.

Mollete.—La forma está bien. ¡Caramba! ha adelantado usted mucho. El asunto es el que no me gusta.

Sr. D. J. V.—Valladolid.—Ahora está bien; se publicará el *Lagarto*.

Un incubo.—¿Conque son los primeros versos que ha hecho usted en su vida? ¡Ah, pícaro! ¡Y me los ha enviado hace mucho tiempo otro pájaro de cuenta! Ó el mismo pájaro de ahora, si á mano viene.

Sr. D. R. B. R.—Madrid.—¡Por Dios! no hagamos nada maldiciendo á los vecinos que molestan, porque bastante les han dicho nuestros antepasados.

Sr. D. A. F.—Madrid.—No, no sirve, porque tiene tan poco de particular, que puede decirse que no tiene nada absolutamente.

Sr. D. P. B.—¿Por si cuela lo manda? ¡Voto á mi abuela que lo siento bastante, pero no cuela!

La sombra de Orasco.—Padece usted algunos descuidos lamentables. Por ejemplo, el verso:

«ya creo que tu rencor habrá cesado» no es tan endecasílabo como parece.

Raynato.—Vea usted un soneto que no estaría mal en un abanico ó en un álbum, porque no lo debe leer nadie más que *ella*.

Maruso.—«Yo llamo plato del día á cierto joven precos que desde que sale el sol allá por la celeste umbría...»

¡Caramba! ¿Dónde vamos á parar por ese camino?

Moratin.—¡Gracioso!

José.—Poquita cosa.

ANUNCIOS



En domingo de Reyes el que no estrena no tiene manos, y el que no estrena y pantalón de Pajonera, el sentido común se le va.

Magdalena, 29.

ACTUALIDADES



Ahora van ustedes después del responso á comprar camisas de Arvizu y Alonso.

Plaza de Santo Domingo, 18.



—No sé á qué me oléis, hermana.
—Padre, debe oler á bueno.
—Pues es un olor muy bueno!
—Como que lo compré en la Perfumería Americana.

Espoz y Mina, 26.



—Para comer de vigilia me llevado y llevaré siempre á toda mi familia á Las Tullerías.

—¿EL?

Matute, 6.



Ya han pasado los días de penitencia, ya no tengo pecados en la conciencia, y vuelvo á mi camita fuerte y templada del Bazar de la plaza de la Cebada,

Número, 1.



—Dí, chico, ¿tú sabes si es pecado gozar en estos días?

—Sí señor.

—Pues ése es mi remordimiento, que yo fui á casa de Tirso Pérez á sacarme una muela para mortificar la carne, y no sólo no la mortifiqué, sino que me gustó muchísimo.

Mayor, 73.



—Al morir en la cruz nuestro Redentor, tembló la tierra, se oscureció el cielo y se pararon los relojes.

—¿Porque no eran de Brañas!

Matute, 12.



—Yo hago de sayón en un monumento y me he hecho un túnico de percalina.

—Pues yo llevo una camisa de Martínez, que es mucho más elegante.

San Sebastián, 12.



—Niño, ¿que se debe hacer al oír tocar á gloria?

—Pues beber

Cognac fino de Moguer, que refresca la memoria.

Avansaye.—Carmen, 10.



El anís del MADRID CÓMICO es sabroso, dulce, sano, y de lo más económico que puede hallar un cristiano.

Vicente Lóbez.—Zaragoza.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOGA, TÉS
LAS EMPRESAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A correspondientes y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha
Teléfono núm. 2.160.